



El teatro también se lee

EL TEATRO EN EL LIBRO

Manuel Ambrosio Sánchez Sánchez

Alcalde de Morille

El teatro se puede y se debe leer. Hablo, por supuesto, de esa lectura íntima, maravillosamente solitaria, apenas musitada con los labios y que recrea, en el escenario mágico y mental de cada uno, personajes, ambientes, situaciones, según nuestras preferencias o arbitrariedades. El teatro leído nos convierte en directores de escena, con tantas atribuciones a la hora de repartir papeles que devenimos segundos autores, casi demiurgos, además de empresarios baratos y, por supuesto, espectadores complacidos de nuestro propio montaje.

¿En virtud de qué azar o designio decidimos que el Avaro de la comedia debe ser entrecano, con un forunculo en la mejilla y algo paticojo, tan parecido, en suma, al tacaño de nuestro tío Alberto? ¿Qué nos mueve a otorgarle a doña Inés los rasgos de aquella antigua novia, bastante triste y simplona, pero muy guapa, que nos dejó de una noche para otra por un cantamañanas al que casualmente llamaban Juanito? Por muchos detalles que aporte Moratín, la sala de paso del *Sí de las niñas* le resulta a un alumno vestíbulo, a otro *hall*, que parecen sinónimos pero no son lo mismo, por sus connotaciones; y un tercero recrea el espacio, en su imaginario, a imagen del zaguán de la casa que los abuelos tenían en un pueblecito de la sierra madrileña, antes mesón para carreteros.

Es un viaje de ida y vuelta. La sobreactuación de Dany Day-Lewis como Hamlet en el National Theatre de Londres, hace ya muchos años, y la reinterpretación del vestuario con ropajes napoleónicos (esos abrigos de talle marcado, con los faldones muy amplios en vuelo) me dejaron una impresión tan vívida que no he podido apartarla en mis siguientes lecturas de la pieza de Shakespeare: me temo que el hijo del rey de Dinamarca será para mí siempre un tipo espigado, pariente, por cierto, de alguna tribu levantisca de Norteamérica, de facciones muy pronunciadas, convulso, que echa espumarajos por la boca a la vez que frases memorables (así lo veíamos en primera fila, al trasluz de los focos, con aquellas entradas que se saldaban en el último cuarto de hora a los estudiantes).

Diré más: hay piezas que alcanzan todo su sentido únicamente en la lectura privada, que parecen, de hecho, con-

cebidas para ser leídas, pues puestas sobre las tablas pierden buena parte de su excelencia. Bastará que me refiera a las acotaciones, cuando trascienden su condición de meros apuntes (si es que alguna vez se reducen a eso) para constituirse en meollo, voces tan sustantivas como las de los demás personajes. No veo la forma de representar en un escenario las acotaciones plenas de chicha que Fernando Arrabal, entre otros muchos, prodiga en sus obras, por ejemplo en *El cementerio de automóviles*. Es más, la compleja y desatada verborrea de los monólogos de *El arquitecto* y *el emperador de Asiria*, de tan difícil puesta en escena aunque solo sea por una cuestión de memoria, con sus chorros líricos y aluvión de ensueños, nos advierte de la necesidad de una recepción plural de los textos y de las precauciones cuando juzgamos ramplonamente su género: no basta con asistir a la representación de una obra, es preciso leerla (y a la inversa); un texto puede ser, a la vez, teatro y novela, como nos recuerda *La Celestina*, quizá además ensayo y, desde luego, poesía; y lo que se tercie.

Otra cosa, aunque de indudable valor divulgativo y pedagógico, es la lectura del teatro en voz alta, ejecutada por varios lectores para un auditorio. Que los modernos me perdonen, pero siempre me ha parecido esta práctica un sucedáneo, un quiero y no puedo, un teatro minusválido, porque sujeta el vuelo creativo a la pobre materia de las hojas de un libro o de unos folios que se colocan sobre una mesa, bajo la luz de unos flexos, a esas páginas que, en los montajes audaces, se pasean por un escenario llevando prendidos, como por una cadena, a profesores y otros voluntaristas promotores del teatro, de esfuerzo ímprobo, que declaman, gesticulan y actúan con un lastre insalvable.

Luzán tenía razón, aunque solo fuera a medias: el teatro es una ilusión, una quimera, y hay que guardar las formas para preservar esta segunda vida. No importan tanto las limitaciones (el rigor de la economía, que ha reducido tantas obras al ejercicio de un único actor asumiendo todas las voces, en un escenario a menudo vacío) mientras nos quede el refugio del libro para recrear de nuevo, con cada una de nuestras lecturas, el mundo erigido por el primer dramaturgo. ■